

## Páez a través de la historia

Escribe: ALIRIO GOMEZ PICON

Quizá no resulte exagerada o sin fundamento la expresión de que falta mucho por escribir en nuestra historia. Cuando la recordamos y la meditamos creemos, por el contrario, que en realidad hay muchos aspectos y personajes que están pidiendo una revisión, o mejor, una ampliación de los hechos para poder apreciarlos con mayor exactitud. Tal el caso del extraordinario Centauro de los llanos que asombró al mundo de su tiempo con el eco de sus hazañas militares.

Nos encontrábamos en Venezuela cuando se celebraba el centenario de la muerte del General José Antonio Páez que tuvo tan larga actuación en su país, primero en los llanos de Apure y luego como primer Magistrado en dos períodos legislativos. Pensamos entonces que encontraríamos publicaciones en que se analizarían con detenimiento las actuaciones del gran jefe llanero y luego cuando ejerció el poder ejecutivo. No quedamos satisfechos con la lectura de esos libros y nos inclinamos a suponer que acaso no estaría de más intentar un bosquejo biográfico que pudiera dar una visión más amplia de lo que hasta ese momento se estaba conociendo. Volvimos a leer el maravilloso libro —“20 Retratos del General José Antonio Páez”— de que es autor el señor Alfredo Boulton, segunda edición conmemorativa del Centenario de la muerte del prócer, ocurrida en Nueva York el 6 de mayo de 1873. Allí tropezamos con este párrafo que nos explicaba lo que estaba sucediendo desde el punto de vista histórico:

“Nuestro carácter nacional poco se inclina hacia estos menesteres de disciplina biográfica. Somos más dados a la elocuente retórica y a recordar hechos heroicos, razón principal por lo

que la historia de Páez está más llena de frases y de discursos que de fechas y de ideas. I esa es también la principal razón por la que, al reunir este grupo de imágenes, nos enfrentamos a una serie de lagunas de tipo biográfico que, dada la brevedad con que ha sido hecho el presente trabajo, no se han podido subsanar”.

Tenía razón el señor Boulton y eso alentó nuestro propósito de llevar adelante la empresa de poder hacer una biografía que nos dejara satisfechos hasta donde fuera ello posible. Nos dimos, pues, a la tarea de recoger, leer y anotar cuanto libro y folleto pudo caer en nuestras manos. I al regresar a Bogotá comenzamos el trabajo de ordenar aquella inmensa multitud de papeles para ir dibujando la personalidad del ilustre militar que por tantos años actuara en Venezuela. En el empeño de poder describir el ambiente social, político y económico, como antecedente para apreciar el medio en que se levantara el personaje, nos remontamos a los días coloniales de la Capitanía General, a la situación contemplada cuando el Congreso de 1811, al tratamiento dado a los españoles al estallar el movimiento revolucionario en Caracas, a la cuestión racial, asunto que tanta trascendencia tendría posteriormente, teniendo en cuenta los escritos de historiadores y sociólogos tan importantes como Laureano Vallenilla Lanz y Angel C. Rivas que tanta luz arrojan sobre lo que pasaba en los tiempos transcurridos bajo el régimen monárquico.

En ese conflicto inicial en que los actores de mayor prestancia fueron el Generalísimo Miranda y el Libertador, Páez se encontraba muy distante, en un paisaje geográfico que describía el Capitán Richard Vawell en su estupendo libro, “Las Sabanas de Barinas”, en cuyas páginas quedó fijado, en estilo sencillo y gráfico, la vida que llevaban los llaneros, y cómo al desaparecer el asturiano Boves, que había llenado de sangre, odio y exterminio las tierras venezolanas, sus soldados se fueron agrupando en torno a Páez a quien el destino tendría señalado para ser el Jefe y el conductor irremplazable de aquellos grupos indómitos que habían quedado desorientados a la muerte de Boves. Comenzaba su carrera militar en la que habría de demostrar sus grandes condiciones para descollar sobre aquellas llanuras que serían el teatro de sus hechos que lindaron con la mitología. Pudo ser entonces una gran figura en los cuadros españoles y no le faltaron ocasiones para ser tentado con toda clase de ofrecimientos para sus ascensos en el campo militar. Pero Páez, a quien ya le habían llegado rumores de lo que estaba aconteciendo en la le-

jana Caracas, comprendió desde el primer momento que su puesto estaba en el campamento de los patriotas. Cuando Antonio Tizcar que servía al Rey, y que fue tan sanguinario como sus compañeros en los días triunfales de Boves, supo el comportamiento de Páez y la bravura con que se había batido en condiciones tan desiguales, no vaciló en su deseo de halagar y conquistar al llanero. Su desencanto debió ser muy grande al saber que rechazaba nombramientos y honores y que prefería luchar a campo abierto en favor de los que tenían resuelto combatir con heroísmo al ejército español que comandaban los generales Morillo y Latorre.

Páez entendió cuál era su misión ante los que habían combatido bajo las órdenes del asturiano implacable, y cómo tendría que apelar a todos los recursos de su genio para someterlos por todos los medios imaginables a fin de que su autoridad pudiera abrirse paso para imponerse en aquel medio salvaje. Cuando estudiamos este aspecto de su vida hicimos hincapié en su habilidad, su destreza y su audacia para que cada jinete fuera entendiendo que bajo su comando las cosas serían diferentes y que sus órdenes habrían de cumplirse de modo inexorable. Transformar esas huestes levantadas bajo la barbarie hasta llevarlas a luchar bajo las banderas republicanas, fue una de las acciones más dignas de ser ensalzadas del nuevo jefe de los llaneros. Boves los había utilizado y ascendido mientras más bárbaros se portaran y el premio sería el robo y el saqueo de los pueblos para estimular a sus tenientes. La transformación de aquellos batallones fue completa y todos fueron aceptando la jefatura de Páez sin discutirla y sin vacilaciones. De esas huestes que fueron el terror de los pueblos, salieron el negro Camejo que moriría como un héroe en Carabobo y Rondón que se cubriría de gloria en la batalla del Pantano de Vargas cuando el mismo Bolívar, desde la cumbre de un cerro, la consideraba perdida en el encuentro con Barreiro.

El 13 de junio de 1770 nace Páez en una humilde casita a orillas del riachuelo Curpa, cerca al pueblo de Acarigua, en la provincia de Barinas, que él mismo describiría muchos años después, al redactar sus "Memorias". Para 1813 era capitán de caballería nombrado por Manuel Pulido que era un rico ganadero, dueño de varios hatos, con el encargo de cuidar sus ganados. Es en ese año cuando comienza su carrera. Entre tanto suceden varios hechos en la Nueva Granada, entre ellos la derrota de los

patriotas en el páramo de Cachirí que determina la retirada a los llanos orientales, donde actúa el General granadino Joaquín Ricaurte que dirigió el encuentro con el General Calzada en Chire, acción ésta en que interviene Páez con un coraje extraordinario, y en tal forma que fue a él a quien le correspondió el honor de vencer a un veterano de la categoría del General Sebastián de la Calzada. Puede decirse que de ese éxito surgió la jefatura posterior de Páez para comandar en los llanos las futuras campañas militares. La explicación de este suceso es lógica: Páez era, en realidad, la figura más prestigiosa entre los llaneros. De modo que si se quería asegurar el éxito de las operaciones lo natural era resignar el mando en él y así lo comprendieron, con gran desprendimiento y sin recelos, los grupos granadinos que habían buscado en Venezuela la manera de colaborar en el triunfo de las armas republicanas.

Cuando el pacificador Morillo resuelve invadir a Venezuela, después de la inútil crueldad desplegada en la Nueva Granada para reconquistar el predominio español, encuentra que en los llanos apureños hay una fuerza de resistencia que dirige victoriosamente el General Páez con el respaldo de granadinos y venezolanos. La historia ha recogido sus nombres: Francisco de Paula Santander, Rafael Urdaneta, Miguel Valdez, José Concha, Manuel Manrique, José María Córdoba, el Presbítero José Félix Blanco, tantos otros. . . . Pero no sólo militares. Había hombres de letras como Nicolás Pomar, venezolano, Fernando Serrano, exgobernador de la Provincia de Pamplona, Juan Briceño, venezolano, José María Salazar, granadino, poeta y diplomático más tarde, que hablaba cinco idiomas, Pablo Pacheco, trujillano, posible ancestro de Alfonso Marín Pacheco, prologuista de este libro; Francisco Javier Yanes, nacido en Cuba, futuro historiador de la Provincia de Cumaná, Miguel Palacios, venezolano, sin que faltaran sacerdotes como el doctor Ramón Ignacio Méndez, que sería más tarde Arzobispo de Caracas.

Cuando surgió esa jefatura no faltaría el que insinuara que lo ocurrido entonces era el resultado de intrigas o imposiciones de Páez. Lejos de eso, la enumeración de los hombres que citamos, todos muy distinguidos y respetables, que ocuparían posiciones muy salientes en el movimiento emancipador tanto en la Nueva Granada como en Venezuela, está demostrando que conceptuaban que aquel fuera el jefe supremo de la revolución en los llanos, sin que ninguno alegara resentimientos ni sintiera emu-

laciones. Todos aceptaron con desprendimiento ejemplar esa designación porque lo importante en esa etapa era unificar el comando del ejército para asegurar el éxito de la campaña. Los hechos futuros comprobaron que Páez no defraudaría la libre decisión de sus electores y que, por el contrario, habían acertado al otorgarle espontáneamente esa alta posición, sobre todo si se tiene en cuenta que su adversario, rudo y fuerte, había sido escogido cuidadosamente en España como el más capacitado para dirigir la reconquista de los dominios españoles.

Las campañas de 1816 y 1818 fueron sin duda alguna las más difíciles de aquella guerra en que Páez se multiplica de modo sorprendente. Un día le llegarían los Coroneles Manuel Manríque y Vicente Parejo con la misión de Bolívar para que el llanero, dueño de la situación total en los llanos, reconociera su autoridad. Es entonces cuando el “salvaje” de Páez, calificado así por el historiador Felipe Larrazábal, da un paso que lo agiganta ante la posteridad. Hubiera podido erguirse como amo y señor de aquellas inmensas regiones donde nadie discutía su autoridad, y contestar que quien debería reconocer su jefatura era nada menos que Simón Bolívar. “Formé las tropas que tenía en el Yagual —relata en sus “Memorias”— hice venir al padre Ramón Ignacio Méndez, Arzobispo después de Caracas, para que a presencia de aquellos me recibiese juramento de reconocer como Jefe supremo al General Bolívar, y cuando después que las tropas siguieron mi ejemplo, ordenando hiciesen lo mismo los cuerpos que se hallaban en otros puntos”.

Fue de esta manera, tan gallarda y generosa, como Páez puso de relieve su espíritu disciplinado y su deseo, por encima de todo, de acatar a un compatriota suyo que tan alto se había colocado ya en la historia. Así correspondía ese “salvaje” del General Páez.

En esas condiciones es muy humano suponer que muchos de los compañeros de Páez, en su inmensa mayoría analfabetos, que hasta ese momento comenzarían a saber quién era Bolívar, manifestasen muy poca voluntad en cambiar de jefe porque para esos contingentes ignorantes los que no fueran como Páez —y en eso tenían razón— como lo expresarían más tarde, no eran sino generales de pluma. . . Pero tal era el prestigio del Centauro y el respeto con que lo miraban, que nadie se atrevió a disentir de lo que había resuelto. Páez se adelantó para saludar a Bolívar en el hato del “Cañafístulo”, y al encontrarse echaron

pie a tierra para darse un fuerte abrazo. De esa manera tan sencilla, el gran llanero se inclinaba ante el que sería llamado con acierto y justicia, el Genio de América. Hay que releer con emoción el recuerdo de esa entrevista entre los dos insignes paladines que hace Páez en sus "Memorias". El Libertador no conocía personalmente al jefe de los llaneros pero no ignoraba la resonancia de sus hechos militares. Profundo conocedor de los hombres muy pronto sabría qué condiciones tendría ese jefe y cuál era la razón de su nombradía en aquellas comarcas dilatadas. Le dio entonces pleno respaldo y ya se presentarían oportunidades de apreciar cuál era el secreto de la admiración que le rendían sus soldados acostumbrados a conquistar la victoria bajo el imperio de su voluntad arrolladora. Así ocurrió cuando le tocó presenciar su temeridad desconcertante como en "Mucuritas", "Mata de Miel" y en la carga maravillosa de "Las Questras del Medio". Allí vería al guerrero asombroso en el desarrollo de sus planes frente al ejército español que no salía de su sorpresa al verse derrotado no obstante la superioridad de sus fuerzas y elementos de guerra.

El acuerdo entre esas dos figuras extraordinarias aseguró el éxito de las futuras operaciones hasta llegar a la acción final en el campo de "Carabobo" que selló la independencia de Venezuela.

\* \* \*

Después de la victoria de Carabobo —que fue la consagración militar del General Páez— no quedaba sino Puerto Cabello como foco de la resistencia española. El cerco que hubo necesidad de hacer para rendirlo fue obra del ingenio y astucia del General Páez puestos a prueba durante muchos días. Páez quiso evitar el inútil derramamiento de sangre e insistió ante el General Calzada para que hubiera la manera de impedir una lucha estéril por parte de los españoles, y como éstos se mostraban seguros del éxito no hubo más remedio que acelerar las operaciones hasta lograr el vencimiento y otorgar una generosa capitulación el 10 de noviembre de 1823.

Con la toma de Puerto Cabello quedaba Venezuela libre de toda intervención militar española. Por entonces circularon rumores de que la Santa Alianza promovía alguna expedición sobre la América para obtener la posibilidad de una reconquista de los

dominios españoles. Esto dio origen a que el Congreso expidiera un decreto el 6 de mayo de 1824 que disponía una leva de cincuenta mil hombres. El Intendente General de Venezuela, Juan Escalona, ofreció su cooperación para hacer cumplir esa medida y Páez convocó la ciudadanía para que concurriese al alistamiento. El celo demostrado por Páez para respaldar la decisión del Gobierno Nacional determinó que el clérigo José Antonio Pérez, diputado por Caracas, presentara una proposición, que secundaron otros diputados de la misma provincia, acusando a Páez por haber declarado "Provincia en Asamblea a Venezuela". Al saberlo Páez dirigió desde Achaguas el 28 de marzo de 1825, una representación muy clara y perentoria sobre su conducta en que pedía que "el señor Pérez debe probar las causas que ha tenido para acusarme ante el Congreso, y cuál es la facción de que se trata: si tiene los datos suficientes para hacerlo en tela de juicio, yo estoy sometido a la ley, y de nó, quiero un testimonio público que me subsane de la acusación. Mientras no se decida por uno de los dos extremos, pido al Gobierno que me exonere, así de la Comandancia General del departamento de Venezuela, como de la dirección de la guerra, en donde encuentro con bastante frecuencia obstáculos que se oponen al decoro de esta misma autoridad: bien entendido que no basta el que el Poder Ejecutivo, solamente por su parte, se muestre satisfecho de mis procederés".

La reacción de Páez era perfectamente explicable. Si había cumplido con su deber la acusación era no solamente temeraria sino injusta. Por eso se adelantaba a decir que respetaría la ley a que estaba sometido. Era secretario de Marina y Guerra en Bogotá, un gran venezolano, nada menos que don Pedro Gual, que se apresuró a contestarle a Páez para informarle que la moción del diputado Pérez había sido rechazada porque no había sido hallada justa y ajustada a la Ley. En esa forma se le ponía punto final a los chismes caraqueños, y el gobierno nacional se mostraba satisfecho con lo actuado por el General Páez.

Por aquel tiempo los enemigos enconados de Páez habían hecho de Caracas la sede de sus actividades. Consecuentes con la línea de conducta que se habían trazado siguieron atizando el fuego de las intrigas parlamentarias para ver de qué manera provocaban una crisis y la oposición ya no sería contra Páez sino contra el General Santander cuando se dieron cuenta de que éste en su informe al Congreso había vuelto añicos la pre-

tendida acusación contra su amigo. En la biografía que hemos escrito del General Páez, están los documentos relacionados con la conducta de los que de tiempo atrás venían atacando en correspondencia particular y en la prensa a los Generales Páez y Santander, y en ellos quedan demostradas dos cosas: la manera serena y discreta como fue conducido ese asunto en el Congreso, y la amistad que mantenía el prócer granadino con el Centauro de los llanos, y, además, los consejos que el segundo diera al primero en forma tan lógica y convincente que Páez accedió a viajar a Bogotá encomendándole a su amigo que le buscara una casa para vivir en ella.

Queda comprobado también que la acusación contra Páez fue obra exclusiva de los diputados por Caracas que seguían las instrucciones dadas por la camarilla que había montado la farsa contra Páez. Es decir, en esas maniobras donde la mentira y la perfidia jugaron un papel preponderante, no tuvieron participación de ninguna clase los representantes granadinos. Los que puedan tener oportunidad de conocer la intimidad de los sucesos ocurridos en Valencia en 1826, podrán apreciar los esfuerzos realizados por Santander en el sentido de facilitarle a Páez todos los medios que fueran necesarios para su defensa ante el Congreso, en tal forma que si los conjurados caraqueños no hubiesen entorpecido el camino abierto para que Páez se trasladara a Bogotá, el triunfo del insigne militar hubiera sido aplastante en todos los frentes. Por desgracia la intriga y la hipocresía se fueron abriendo campo hasta lograr que Páez desistiera de su propósito de asistir a su defensa ante el Congreso Nacional.

\* \* \*

No vamos a detenernos en todos los incidentes sucedidos en Venezuela en 1826 que giraron en torno a los procedimientos adoptados en Valencia y que dieron como resultado que Páez asumiera la comandancia militar. Como ya el Libertador estaba de regreso de sus campañas del sur y próximo a llegar a Bogotá, Páez lanzó una proclama para expresar que aquel venía desde el Perú para escuchar los clamores de Venezuela y lleno de entusiasmo decía: "Sea todo contento, júbilo y placer. Venezolanos, olvidad vuestros males: el gran Bolívar está con nosotros. Cuartel General de Valencia a 15 de Diciembre de 1826". Por su parte el Libertador a su llegada a Bogotá le escribía a Páez el 15 de noviembre, al día siguiente de su regreso a Bogotá, para

decirle: "Ya estoy en la capital de la República y lleno de celo por salvar a Venezuela y a usted. He sabido todos los males que padece mi país nativo, los peligros que corren mis primeros y mas queridos amigos y compañeros de armas, los que me han dado gloria y me han llevado hasta el Potosí, los hijos de Venezuela, aquellos que han formado montones de cadáveres de sus propios cuerpos para elevarme sobre la América. Podría yo ser insensible a sus dolores? Podría yo dejar de aliviarlos hasta con mi sangre? Sí, mi querido General, estoy resuelto a todo por Venezuela y por usted: ella es mi madre, de su seno ha salido mi ser y todo lo que es mío; a ella, pues, debo consagrar todos los sacrificios, hasta el de la gloria misma, y usted, que es el primer soldado y el primer representante del ejército de mis hermanos, tiene el primer derecho a todos mis conatos y cuidados después del suelo patrio. Repito nuevamente: esa patria y usted me han traído a Colombia y ya son infinitos los esfuerzos que he hecho por darle cuanto desea".

La transcripción que hacemos de una parte apenas de aquel documento nos ahorra el trabajo de hacer un relato de lo que ocurrió al llegar el Libertador a Venezuela. Todos los que conocen la historia de esos acontecimientos saben lo que sucedió y cómo Páez quedó revestido de amplios poderes para mandar en su país. El Libertador cumplió fielmente las promesas que le había hecho en la carta que citamos. Y cuando creyó que su misión estaba cumplida regresó a Bogotá. La situación política presentaba aspectos nada satisfactorios. Los sucesos se fueron precipitando. Había que reformar la Constitución de Cúcuta y como no se podía hacerlo sino a los diez años, fue menester expedir una Ley para convocar la Convención de Ocaña en 1828. Pero no estaría allí la fórmula para la solución de los problemas que mantenían tensa la opinión pública. Esa convención fue el fracaso para unos y otros mientras el Libertador se había instalado en Bucaramanga. Ya no sería posible ir otra vez a Venezuela y entonces regresó a Bogotá donde sus amigos y partidarios provocaron la Junta de los padres de familia el 13 de junio de 1828 cuyo dirigente fue el General Pedro Alcántara Herrán. De allí nació la dictadura que aceptó en el deseo de salvar la situación. Ocurrió entonces la conspiración del 25 de septiembre que abrió un período de violencia, inseguridad y represiones sangrientas. Mientras tanto la salud del Libertador lo fue colocando en un plano que hacía temer un trágico desenlace en cualquier momento. En el sur se verificó la invasión peruana y el triunfo patrio-

ta en la batalla de Tarqui. Acaso el mismo Libertador llegó a pensar que el ambiente en que venía actuando no era propicio para un entendimiento que condujera a la paz. Sobrevino posteriormente la convocación del Congreso de 1830 ante el cual presentó renuncia de su cargo con expresiones doloridas que revelaban el estado de ánimo en que se encontraba. Su propósito era el de viajar al exterior para escribir sus "Memorias". Se ausentaría de Bogotá el 8 de mayo que marcaría un viaje definitivo. El héroe rendiría su jornada en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830.

\* \* \*

Mientras el tiempo iba desatando la malla compleja de los enredos, aspiraciones y ambiciones de predominio en la Nueva Granada, que apenas esbozamos, ¿qué estaba sucediendo en las lejanas tierras venezolanas? Si por acá se montaba a la carrera una maquinaria política escudándose en la religión y "en el Código de los buenos" para disfrutar de los beneficios de la dictadura aunque el Libertador reconocía que bajo ésta "quién puede hablar de libertad? Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo", Páez expresaba el 24 de octubre el dolor que le había causado el atentado del 25 de septiembre y sus "sinceras congratulaciones por la decidida protección que el Todopoderoso dispensó al Padre de la Patria", no sin agregar, ante la convocación del Congreso, su confianza en Bolívar que tendría "La espada redentora de los humanos! Ella en mis manos no será jamás sino la espada de Bolívar: su voluntad la dirigirá, mi brazo la llevará".

Páez hablaba de esta manera el 7 de febrero de 1829! La espada sería la ley en tierras granadinas para acabar con el monstruo de la anarquía. Lo mismo haría en Venezuela el General Páez. ¿Era esa la fórmula mágica para gobernar a los pueblos por cuya libertad ambos habían combatido con tenacidad y heroísmo sin par? El tiempo lo diría en sus designios misteriosos!

El Libertador, que mantenía una correspondencia constante con todos sus amigos, quería tomar el pulso de los acontecimientos. De igual manera Páez daba cuenta en diciembre de 1828 al Ministro del Interior de haber recibido del Libertador un oficio en el sentido de que los pueblos expresaran con toda liber-

tad sus opiniones acerca de la forma de gobierno que querían, no sin agregar que algunas ciudades, villas y parroquias aprobaban peticiones al Congreso Constituyente “sobre la separación de Venezuela del resto de la República” para constituirse como un Estado soberano. El más interesado en este asunto era el de Caracas donde las camarillas, integradas por enemigos suyos de tiempo atrás, desconocían la autoridad de Bolívar para que Páez se encargara de la dirección del movimiento, lo cual quería decir que no aceptaban la intervención de Bolívar para que en su lugar fuera Páez el que actuara. El Libertador conocía bien los que formaban parte de esos cenáculos que le tenían mala voluntad. A la postre todo este derroche de patriotismo, mejor dicho patrioterismo, se fue abriendo paso hasta conseguir que Páez fuera el motor principal de esa campaña, que don Vicente Lecuna, uno de los más brillantes historiadores venezolanos estudió detenidamente para que pudieran apreciarse los hechos en su intimidad. No se podría olvidar que por entonces el doctor Miguel Peña no se separaba un momento del General Páez para vigilar sus actuaciones. A propósito recordamos la carta que con fecha 16 de septiembre de 1828 escribía el Libertador a su viejo amigo, el General Pedro Briceño Méndez: “Háblele usted al General Páez sobre el doctor Peña manifestándole de mi parte lo perjudicial que es tener a ese señor a su lado, por causa que la opinión pública está contra él, aunque con mucha injusticia. Dígale usted que por mi parte, yo no temo nada del doctor Peña, pues estoy seguro de que él nunca aconsejará nada contra mí; pero que tendrá muchas dificultades con respecto a sus propios amigos, que lo temen más o menos; y con respecto al público un grito universal desde aquí hasta Cumaná, suponiendo que el doctor Peña procurará dividir a Colombia por todos los medios que le dicte su influencia”.

¿Eran infundados los temores expresados por el Libertador? ¿Tenían algún fundamento esas advertencias amistosas? El espíritu clarividente del Libertador no se equivocaría como lo demostrarían las medidas adoptadas por el doctor Peña en 1830 para impedir la entrada del gran caraqueño a Venezuela.

\* \* \*

La separación de Venezuela era un hecho inevitable. Como hemos dicho la Gran Colombia fue una creación política del Libertador para justificar el movimiento de independencia ante

España, especialmente. Pero al ocurrir el triunfo de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, esa creación dejaba de existir. I es bueno recordar que mucho antes, sobre todo cuando el Libertador volvió a Venezuela procedente del Sur, él y Santander estaban de acuerdo en que los países que integraron la Gran Colombia podrían constituirse separadamente.

Al desaparecer el Libertador del escenario político no era un misterio para nadie que el hombre fuerte del país era el General Páez, de modo que si era indispensable elegirlo como presidente su nombre no tendría resistencias. El Congreso se encargaría de esa empresa y Páez sería el primer Magistrado de la República, quedando como Vicepresidente el Licenciado Diego Bautista Urbaneja. La situación del país era lamentable. Había quedado arruinado con una precaria organización fiscal y administrativa. En realidad Páez recibía un país esquelético y así pudo comprobarlo a través de los informes enviados por los gobernadores. Por esa época regresaría a la Nueva Granada el General Santander y lo primero que hace, al llegar a Nueva York, es escribirle a su viejo amigo para expresarle sus congratulaciones y significarle su regocijo "al verlo árbitro (del pueblo venezolano) regido por leyes de su libre voluntad, y presidido por un ciudadano que a sus títulos de valeroso soldado de la independencia, va a añadir el de magistrado fiel y leal a sus comprometimientos legítimos".

La administración del General Páez tropezó con muchas dificultades como era natural en un país que entraba al experimento democrático de ser una república. Pero el hombre puso a prueba sus capacidades, conocimiento del país y de sus hombres y superó con fortuna todos los obstáculos. Su cuatrienio fue de organización, vigilancia y acatamiento a las leyes y a la Constitución como lo hizo constar el señor Antonio Leocadio Guzmán que fue su ministro. Cuatro años de reposo, de paz, de garantías para todos los ciudadanos. Al terminar su período no hubo candidato oficial, lo que demuestra el respeto de Páez a la opinión pública. Su sucesor fue el doctor Vargas, hombre civil que contaba con el respaldo de agricultores, propietarios y elementos que querían un ciudadano de sus condiciones de honorabilidad y capacidad.

Se creía, pues, que en ese período no habría dificultades. Sin embargo en Caracas no faltarían elementos encargados de fomentar el desorden. El doctor Vargas no se sintió en condi-

ciones de hacerle frente a los amigos de la anarquía y renunció su cargo. Esto dio campo para que sacaran la cabeza los aspirantes a esa posición. Vargas era un científico, extraño a las intrigas políticas. En ese ambiente surgió la conspiración con la banderola de las reformas. ¿Quién sería el jefe de los conjurados? Aquí aparece entonces Pedro Carujo, el mismo que manejara, organizara y sostuviera la conspiración del 25 de septiembre de 1828 contra el Libertador. Había sido el animador de una campaña subterránea contra el Presidente Vargas. Se abrió de esta manera uno de los capítulos más interesantes de aquella época. Páez se encontraba en uno de sus hatos en los Llanos, pero no vaciló en viajar para apreciar de cerca los sucesos revolucionarios y convencido de que se había cometido un atentado contra el Presidente Vargas, organizó sus fuerzas, avanzó sobre los sublevados que ya estaban haciendo cuentas alegres para apoderarse del mando y tomar cada uno posesión de los cargos que se disputaban, los venció en jornadas que marcaron sus éxitos militares y restableció al Presidente Vargas en su cargo haciéndolo traer de Curazao a donde había sido confinado por los conspiradores.

Esta es una de las páginas más brillantes en la historia de Venezuela porque Páez defendió la Constitución y la legitimidad. Con cuánta razón dijo en una de sus proclamas: "Venezolanos! Estoy en medio de vosotros para defender vuestros derechos y para sacar la República del naufragio que la amenaza". Efectivamente Páez había vuelto por los fueros de la República. El Congreso expidió un decreto que reconocía "la heroica decisión del General en Jefe José Antonio Páez, por el restablecimiento del orden constitucional alterado el 8 de julio de 1835". Por esa conducta mereció el título de "Ciudadano Esclarecido". Nada más honroso para el gran llanero como haber liquidado el cuartelazo de Carujo y de los llamados reformadores.

\* \* \*

Terminado el período presidencial del doctor Vargas, Páez fue elegido por segunda vez Presidente de Venezuela por 212 electores de los 222 que sufragaron en todo el país. Su posesión tuvo lugar en enero de 1839. La fuerza pública era apenas 800 hombres. Su gobierno fue caracterizado por una onda de progreso y bienestar con el elogio de todos los ciudadanos, el apoyo y respaldo del Congreso Nacional. Sin duda alguna el suceso

más significativo, el de mayor trascendencia histórica fue el traslado de los restos del Libertador desde Santa Marta al Panteón Nacional. Se cumplía de esta manera la solicitud que hiciera Páez nueve años antes. La ceremonia revistió solemnidades especiales tanto en Santa Marta como en Caracas. En este período presidencial el ilustre militar se declaraba satisfecho de haber cumplido su misión sin que la paz fuera alterada y sin que nadie se hubiera visto perseguido por sus opiniones políticas. Dirigió al Congreso de 1843 un mensaje de despedida en que decía: "Las leyes son el alma de nuestra República; por ellas crecerá su dicha y su gloria". Y no contento con esas expresiones escribía al final de su mensaje:

"Debo añadir que estoy íntimamente convencido de que la felicidad de Venezuela estará siempre en proporción de nuestro respeto a la Constitución del Estado y de la unión de los ciudadanos. Toca a los funcionarios públicos dar el ejemplo. La ley sobre todo, debe ser eminentemente constitucional y una para todos. La igualdad es la base del patriotismo y el más fuerte vínculo de los corazones".

Palabras de oro que tanto enaltecen la memoria del llanero inmortal. Porque ciertamente en sus dos períodos constitucionales supo dirigir los destinos de la nación y hacerse acreedor al respeto de sus conciudadanos.

El sucesor de Páez fue el General José Tadeo Monagas. Sus competidores habían sido el General Bartolomé Salom y Antonio Leocadio Guzmán. Si el General Urdaneta hubiese estado en el país su elección hubiera sido segura. La muerte lo sorprendió el 23 de agosto de 1845 en París cuando iba para España como diplomático. Falleció de la misma novedad del General Santander de quien había sido íntimo amigo y compañero de armas desde los tiempos de Nariño: cálculos hepáticos. ¿Quién iba a suponer que el eminente marabino sería años después el implacable enemigo autor de la sentencia de muerte contra Santander que el Libertador, en un acto de sabiduría y generosidad, la convirtiera en destierro de su patria? Pero así son las sorpresas del destino en la vida de los hombres!

\* \* \*

Páez había demostrado ser un político avisado, conocedor de los hombres de su tiempo. ¿Por qué se le escapó Monagas a

su ojo previsor? Pudo haberse inclinado a favor del General Salom. Sin embargo no lo hizo. Para nosotros la explicación es clara. Si se había mostrado respetuoso de la opinión porque esas eran sus convicciones democráticas, prefirió abstenerse de toda intervención aunque sus simpatías estaban por el General Soublette. Monagas no había sido su amigo y pretendió erigirse en su rival como caudillo del oriente venezolano. Monagas era un hombre rencoroso y conociéndolo era fácil prever que si llegaba a ser Presidente sería un enemigo de Páez. Este incurrió en el error de suponer que aquel, una vez elegido, sería incapaz de cobrar viejos resentimientos. El desarrollo de la política comprobaría que Páez había cometido un error de consecuencias desastrosas.

No faltarían los que por razones claras —aludimos a sus verdaderos amigos— le ofrecieran por tercera vez su elección presidencial. Entonces escribió Páez una página que mucho lo honra ante la historia al no aceptar esos sentimientos de amistad porque no quería que lo confundieran “con el vulgo de los aspirantes al poder que fingen no aceptar lo que más ansían por poseer” y porque con esa actitud republicana pudo decirle a uno de sus partidarios decididos: “Yo quiero precaver a Venezuela de semejante desgracia (se refería a la reelección) estableciendo el precedente de que una persona no debe aspirar a la presidencia ni consentir en su reelección por tercera vez”. De esta manera deseaba dejar sin piso a los que dijeron que no tenía más aspiración que la de perpetuarse en el mando. Quién iba a sospechar que por haber mantenido una neutralidad respetuosa en el debate electoral, se abriría para él un período de arbitrariedades sin nombre dirigidas todas por el General Monagas en un empeño criminal que lo deshonra ante la historia.

No tardó en sobrevenir una oposición fundamentada contra el gobierno, que estalló en el Congreso en que quedó patentizado que el asesinato de varios ciudadanos, algunos miembros de la Cámara de Representantes, había sido cometido por obra exclusiva del Presidente Monagas. Ante esa situación se explica la reacción del General Páez que se hallaba muy distante del teatro de los hechos criminosos en momentos en que aquel deseaba pasar a la Nueva Granada. Cuando tuvo conocimiento de la actuación de Monagas, no vaciló en tomar el sitio que le correspondía de acuerdo con sus antecedentes y con la conducta que había observado con todos los ciudadanos cuanto tuvo el gobierno en

sus manos. Monagas, con un cinismo incalificable, le había pedido ayuda al exgobernante. Con razón pudo contestarle en documento digno de un estadista ejemplar, lo siguiente: "En la situación en que V. E. se ha colocado, qué consejos podré darle? No hay quien crea esto posible. V. E. aparece a los ojos de Venezuela como el más grande, el más ingrato y vengativo de todos mis enemigos; pero háseme visto siempre interesado en destruir tan perjudicial concepto, y trabajando sin reserva para persuadir a todos, de que estamos en la mejor armonía, penetrado de las ventajas que esto proporcionaba a la República. Ya V. E. no inspira confianza a la parte más sana, más concienzuda y más fuerte de la sociedad, por la inteligencia y otras virtudes que la recomiendan, por el honor que la distingue: y el honor nunca ha sido cobarde".

Ante un gobernante como Monagas que olvida sus deberes y traiciona sus juramentos, Páez quedaba convertido en el jefe de la oposición. El camino era provocar una revolución y Páez tampoco vacilaría en su decisión heroica aunque sabía que luchar contra un gobierno dueño de todas las posiciones era una aventura. No rodaría con suerte y perdería la carta que jugaba. Vencido encaminaría sus pasos a la Nueva Granada donde pidió asilo. En Arauca fue atendido como lo merecía. Su compañero sería el General Soublotte. La Nueva Granada no sería tierra extraña para el caudillo que caía gloriosamente en defensa de las leyes, de la Constitución, de los fueros parlamentarios y de los derechos civiles que había defendido y garantizado en Venezuela.

\* \* \*

Monagas fue leal a sus sentimientos. Odiaba a Páez y resolvió, cuando lo tuvo en sus manos, humillar al héroe, vejarlo, injurarlo, calumniarlo y llevarlo a la cárcel después de un recorrido ignominioso por las calles de Valencia, cargado de grillos, entre las burlas de todos los miserables reclutados por el gobierno para hacer público su rencor contra el prócer y demostrar cómo era de poderoso el gobierno de entonces. En ese desfile de vergüenza infinita fue trasladado al Castillo de San Fernando y hundido en un calabozo inmundo con los más despreciables criminales de todos los pelambres ante la sorpresa de la ciudadanía de Cumaná.

Al abandonar a su patria no se le escuchó el más leve reproche a sus perseguidores y al firmar su despedida en la isla de Santomás el 13 de junio de 1850, rindió un homenaje de gratitud al pueblo y a la sociedad de Cumaná a quienes debía su libertad. Había escrito Páez la página que cerraba su carrera política con el corazón en la mano. Se radicaría en Curazao para convertir la isla en un mirador al estudiar sus planes en la nueva vida que empezaba. I cuando se convenció de que el destino le era adverso, se embarcó para Filadelfia. Allí, y donde quiera que estuvo de los Estados Unidos, fue objeto de las mayores demostraciones de simpatía y admiración. Tanto el gobierno como la prensa y entidades oficiales y particulares, le tributaron elogios al considerarlo como un personaje legendario que no sólo había contribuído a la independencia de su patria, sino que había sido ejemplo de gobernante al demostrar muchas veces su lealtad a los principios democráticos y su respeto a la Constitución. Al llegar a New York provocó en la inmensa concurrencia una verdadera apoteosis como no se había hecho a ningún personaje de fama mundial. El pueblo quería ofrecerle un homenaje espontáneo, lejos de toda preparación artificiosa, en que participaron viejos compañeros de las campañas con Jorge Washington y el General Lafayette. Aquello fue imponente. De ese desfile memorable quedaron recuerdos del afecto popular. Páez quedaba consagrado, una vez más, como uno de los hombres más importantes de la América.

\* \* \*

Mientras el héroe venezolano era objeto de atenciones y consideraciones especiales en Estados Unidos —que de esa manera quería honrar a un verdadero patricio— en Venezuela se instalaba la dictadura de los Monagas. El poder no sería para beneficio del pueblo, ni menos para dejar una huella de honestidad, desprendimiento y progreso material y cultural. No habría sino una preocupación: la exaltación de la familia Monagas. El ejercicio presidencial se traduciría en una dictadura afrentosa. Páez quedaría despojado de todos sus bienes para reducirlo a la miseria en tierra extraña. Así entendía ese clan el agradecimiento a quien había luchado por la libertad e independencia de Venezuela. Hasta que cayó abrumado Monagas bajo el peso de innumerables delitos. El nuevo Gobierno convocaría en 1858 a elecciones en que se reuniría una Convención que debería insta-

larse en Valencia. Lo primero que hizo esa Convención fue derogar el decreto que despojaba a Páez de sus grados y títulos. Se le reconocerían los sueldos desde 1848 y se nombraría una comisión que lo acompañase a su regreso desde New York. Se le hacía un desagravio merecido.

En marzo de 1861 regresa Páez llamado por el partido que dirige Pedro José Rojas, un personaje funesto que por esos días disfrutaba de mucho prestigio y que contaba con un Congreso donde su voluntad era imperiosa. Quedaría a la cabeza del ejército. Pensaron muchos que entraría en operaciones militares, pero sea por el transcurso del tiempo, por achaques de su edad o de su larga ausencia del país o porque deseaba permanecer en la capital, lo cierto fue que renunció su cargo el 8 de mayo que, como era lógico, provocaría la renuncia del ministerio. Se abriría una etapa confusa de ambiciones, revueltas de pequeños caudillos, de personalismos en que Páez vuelve a comandar el ejército y como la situación se va agravando en todas partes, los que creían que la fórmula para conjurar una crisis de tan grandes proporciones extendieron la red de sus intrigas para que el gran militar se plegara a sus deseos. Consiguen que se le proclame Jefe Civil y Militar de la República. En un principio no acepta, pero luego los intereses creados ejercen tal presión que Páez termina por aceptar la dictadura que de manera tan insistente le ofrecían los que maniobraban para explotar su prestigio y nombradía.

Si Páez había incurrido en un error deplorable al dejar elegir a Monagas sabiendo sus antecedentes, la aceptación de la dictadura sería de consecuencias catastróficas para él y para el país. De un tajo borraba todas sus declaraciones anteriores y se colocaba en una posición difícil de manejar y en la que sería un juguete de los que se decían sus amigos. Hay que tener en cuenta muchos factores para disculpar este inmenso error político: Páez era un hombre cargado de tiempo. No podía ser el de hacía veinte años. Su larga ausencia del país no le permitía apreciar con exactitud cuál era la situación de los partidos. Desconocía por completo los hombres que estaban actuando así como los problemas de diverso orden que agitaban la opinión pública. Ignoraba por completo el personal con el cual iba a entenderse. En esas condiciones lo que hiciera no sería el fruto de un examen sereno del panorama para predecir un acierto, sino que obraría a ciegas, ateniéndose a lo que le dijeran o aconsejaran

de un lado el señor Pedro José Rojas, y de otro el doctor Angel Quintero que eran las dos figuras salientes en el escenario de pequeñeces y miserias. En el fondo llegaría a pensar que procedía correctamente. Pero estaba rodeado de oportunistas, de advenedizos, de gentes que nada tenían qué respetar. Representaba lo que escribiría Gil Fortoul: "Páez, que no era ya más que un nombre anacrónicamente prestigioso sobre un cuerpo aniquilado, a quien estaba llamando a voces la tumba, no vio, no quiso ver o no pudo ver el abismo moral en que se iba a hundir para siempre su reputación".

El ejercicio de esta dictadura en que se cometieron los mayores disparates y los actos más contradictorios como resultado de obscuras manipulaciones hechas a espaldas del caudillo sorprendiendo su buena fe, duraría hasta que la gran farsa, animada por Rojas y Guzmán Blanco, que sería el beneficiado del caos, terminaría con el embarque de Páez en La Guaira con destino a Filadelfia de donde no debió haber salido durante su destierro. Se marcharía, eso sí, sin un centavo entre el bolsillo. Viviría orgulloso de su pobreza al lado de su hijo Ramón. Durante veinte años de su permanencia en los Estados Unidos guardó silencio sobre sus enemigos, sobre tantos que se lo debieron todo, a los que favoreció con generosidad, sin ocupar la prensa para desahogos pasionales, discretamente alejado del tumulto de quienes en su patria estaban entregados al tejemaneje de la intriga en la triste exaltación de mediocres politiqueros.

Un ilustre varón, que vive en Caracas, don Pedro Grases, ha recordado en un librito, "Añoranzas de Venezuela", cómo el gran expatriado se entretenía en traducir las "Máximas de Napoleón" con el propósito de que ese trabajo "que emprendemos en el ocaso de nuestra vida —escribía Páez— sirva sólo para defender los principios con que adquirió nuestra patria un lugar entre las naciones, y nunca de catecismo para aprender los medios de destruir a nuestros hermanos y asolar una tierra ya sobradamente regada con sangre fratricida". Así escribía en 1865 aquel héroe extraordinario que escasamente ganaba para vivir!

En esas condiciones tan precarias se batía lejos de su patria el hombre que lo tuvo todo en el ejercicio del poder, pero que al perder su aventura en defensa de lo que había sido como militar y demócrata, como leal servidor de las leyes y de la Constitución, se alejaba de su tierra nativa con las manos limpias y la frente alta, sin haber robado a nadie ni especulado con sus

éxitos. De pronto un gran argentino, Domingo Faustino Sarmiento, que con tanto valor combatiera la sangrienta dictadura de Juan Manuel Rosas, conoce a Páez, de quien sabe sus hazañas homéricas, lo visita en su modestísima vivienda y al sorprenderse de lo que veían sus ojos, le sugiere un viaje con él a la Argentina, que acepta Páez. Y al emprenderlo recibe en Panamá, en el Perú, en el Uruguay toda clase de honores. Desean que se quede y le decretan grandes pensiones porque en todo el Continente está vivo el recuerdo de sus hechos en los llanos apureños y en las faenas de la administración como Presidente de Venezuela. Lo que en su patria le negaron lo encontraba en exceso en los países americanos. Pero nada aceptó el insigne varón. Seguiría su marcha hacia el Sur, al lado de Sarmiento, en una cita extraña con el destino.

\* \* \*

Su noble amigo obtiene una victoria en el debate electoral y lo primero que hace, en conocimiento de los poquísimos haberes económicos del General Páez y de su valiosísima colaboración para afianzar la Independencia Americana, resolvió darlo de alta en la Plana Mayor activa del ejército argentino, en la clase de Brigadier General, “para asegurarle el reposo de sus últimos días en reconocimiento a sus grandes servicios”. La historia recordará siempre aquella conducta tan gallarda de Sarmiento. Cuando el Senado aprobaba ese decreto, el General Bartolomé Mitre, que sería uno de los historiadores más caracterizados, dijo estas palabras de justicia:

“Lejos de hacer un honor al General Páez, nosotros lo recibimos para que venga a acabar sus últimos días aquí; es una pequeña deuda de gratitud que le pagamos nosotros, americanos, que hemos gozado de los beneficios producidos por los grandes servicios que prestó en la guerra de la Independencia”.

Cuando en Venezuela el régimen oprobioso del General Monagas borraba del escalafón militar el nombre glorioso de Páez y lo lanzaba al exilio después de despojarlo de los bienes que legítimamente se le habían reconocido en pago de sus sueldos, la Argentina proclamaba ante el mundo que se sentía honrada al otorgarle al prócer una merecida distinción en el ejército. Aquel pueblo, que sabía de las hazañas del gran llanero, respaldaba y aplaudía el nombramiento hecho por el Presidente Sarmiento.

En las tertulias familiares de la familia Carranza a las que concurrían figuras literarias de todos los matices, escritores famosos y artistas destacados, cobró afecto especial por Adolfo Carranza que sería más tarde fundador y director del Museo de Historia en Buenos Aires. Cuenta Cunninghame Graham, brillantísimo escritor que tanto conociera los países del Sur, que a esas reuniones iba “el colombiano Florentino González —quien tradujo a Lieber y a Grinke— y en esa época dictaba una cátedra sobre literatura en la Universidad. Toda su vida había sido liberal, pero estuvo complicado en un complot para matar a Bolívar y tuvo que abandonar su tierra nativa. También iba el octogenario don Manuel Olazábal, uno de los héroes de la guerra de Independencia en el Río de La Plata; y el General Campero, pobre y exiliado, quien esperaba un cambio de fortuna que lo llevase a la Presidencia de Bolivia. En fin, se componía la tertulia de la flor y nata del mundo literario de Buenos Aires”.

El ilustrado escritor irlandés escribió sus recuerdos de aquellas reuniones que le fueron tan gratas: “Sentados entre las cartas, los otros invitados jugarían al tresillo, y las damas bailarían un pericón a los sones de un acordeón y una guitarra.

Dice Carranza —el anfitrión— que “era Páez el más notable de todos aquellos veteranos. Cuando, en el lenguaje sencillo del héroe y con la sinceridad de un hombre de honor contaba al grupo sus aventuras, escuchaban atónitos la narración de los hechos y episodios que habían aprendido en sus manuales de la historia en el colegio. Le encantaba describir a los principales autores de la guerra de Independencia, detallando sus características personales y sus habilidades, casi invariablemente en términos elogiosos. Hablaba con respeto hasta de sus enemigos, pues la amargura era extraña a su naturaleza generosa y afable, siempre dispuesto a perdonar. Cuando hablaba de Bolívar expresaba la más profunda admiración por él, y al recordar escenas en que ambos habían participado, se le llenaban a veces los ojos de lágrimas e interrumpía de repente su narración para hablar de otras cosas, aunque sus recuerdos se remontaban a Apurito y las aventuras de su juventud”.

Ciertamente una de las virtudes de Páez —aunque les duela a sus detractores de ayer y de hoy empeñados en desfigurar su imagen para reemplazarla por la de un hombre de rencores salvajes, un bárbaro sediento de venganza— fue la de no hablar mal de nadie, y menos de los que se portaron con sentimientos

de perfidia y odio como Monagas, los Guzmán, padre e hijo, y muchos otros, que lo combatieron con injusticia y lo traicionaron sin escrúpulos.

Contaba el gran venezolano por entonces 78 años. Era un anciano con un espíritu tan joven y alegre que bailaba como en sus mejores días porque le encantaba la música. ¿No lo encontró el General O'Leary en Achaguas, cuando llevaba una misión del Libertador en 1826, tocando violín? Citamos otra vez al irlandés maravilloso: "En las reuniones de la mansión acogedora de los Carranza, Páez a pesar de sus 78 años bailaba como un hombre joven. Tenía una voz poderosa con la que cantaba el 'Miserere del Trovador', y saltaba por la sala con una agilidad increíble, tarareando canciones andaluzas".

Había en el alma del héroe de las llanuras un músico y un poeta, como todos los llaneros. Y al recordar estas condiciones comprendemos que los conjurados contra su personalidad rabiarán de lo lindo al enterarse de que un colombiano —liberal de tiempo completo pero amante fervoroso de los que nos dieron una patria independiente— haya recordado con admiración y gratitud la vida y los hechos, aun los más insignificantes, del Centauro legendario. Sí, nos sentimos muy orgullosos de haber rescatado del olvido a un prócer de la eminentísima categoría del General Páez que tan merecida nombradía le diera a Venezuela.

Páez conservó su admirable voz de barítono. De ello dio muestras en veladas innumerables pasadas con sus compañeros en "La Viñeta", de Caracas, no para recontar el oro en sus viejos arcones, que nunca lo tuvo y menos cuando fue gobernante en que selectos amigos suyos le prestaron dinero porque no lo había en el Tesoro Nacional para atender sus compromisos caseros. Al lado de su bella e inquietante Barbarita olvidaría sus pesares y daría rienda suelta a su temperamento ardiente. Cantaría entonces canciones españolas que eran su predilección porque le venían en la sangre canaria que corría por sus venas. Y haría versos porque parecía sentir un impulso irresistible, como los hizo también el Libertador, que fue otro incansable bailarín, para celebrar el heroísmo de aquel adolescente Gabriel Picón, hijo de Juan de Dios Picón, un merideño que dejó su nombre engarzado a empresas memoriosas, al tomarse un cañón en compañía de Ribas, un valiente sin par, tío de Bolívar, que tantas

veces desafiara la muerte en encuentros guerreros que ahora, al releerlos, nos parecen inverosímiles.

En Buenos Aires, Páez, que ante todo era un hombre sencillo, se mostraría como era, amigo de reuniones sociales donde se escuchara música y se cantara. Era oído con atención por todos. Y si había que bailar bailaba como un trompo. Al lado de la Legión Británica aprendió usos y costumbres de las viejas cortes europeas. I aprendió idiomas que en su exilio le dieron tema para ganarse la vida haciendo traducciones. ¿No resulta esto ejemplar y extraordinario para todos los que quieran conocer la vida íntima de los personajes célebres? Si alguno mencionaba el piano o el violín, él podía decir alguna cosa. Si otro musitaba un aire de opereta, él también podría ensayarlo y cantar alguna aria de Verdi que si éste pudiera oírla la aplaudiría a manos llenas.

El historiador J. A. Cova reproduce "La Flor del retiro", letra y música compuestas por Páez en Buenos Aires, sin excluir otra composición: "Escucha, bella María!". En nuestra biografía damos el texto completo. La canción sobre María fue para la hija de Carranza, que tocaría para piano y violín. Invenciones?, dirían los enemigos de Páez. No. En manera alguna. Tenemos la opinión, muy autorizada, del insigne escritor irlandés, cuyo testimonio es invulnerable porque conoció a Páez.

\* \* \*

La fiebre amarilla sacó a Páez de Buenos Aires después de dos años de gratísima permanencia bajo la complacencia de Sarmiento. Regresaría al lado de su hijo Ramón, que era un científico y un escritor de renombre. Moriría en New York de una pulmonía. El cíclope caería vencido. La ciencia sería impotente para librarlo de las garras de la muerte.